
Presentación

El moderado optimismo que sucedió a la “década perdida” de los ochenta en muchos países de esta parte meridional de América ha ido extinguiéndose para ser reemplazado por una sensación de que el péndulo regresa hacia la crisis social, económica y política. Una vieja pregunta, nunca realmente respondida, resurge: ¿cuál es el camino para un desarrollo económico y social sostenible y políticamente democrático? La receta del neoliberalismo continúa siendo sostenida por los organismos financieros multilaterales, el gran capital financiero y parte de las tecnocracias locales. Sin embargo, está perdiendo rápidamente una legitimidad generada por su aparente eficacia para lograr equilibrios macroeconómicos, pues ha demostrado palmariamente que esos logros no son ni cercanamente suficientes para dotar de bienestar a los pueblos.

Alcanzar un desarrollo social y económico realmente acumulativo y sostenible en el tiempo va apareciendo nuevamente como un proceso complejo e históricamente denso. Bastante más que el resultado de la aplicación de un paquete de normas y reglas que han sido elaboradas por tecnócratas sin tomar en consideración las características específicas de las sociedades y las personas.

El artículo de Cristóbal Kay se orienta precisamente a mostrar que el desarrollo es un proceso histórico que resulta de un complejo juego de factores en el que se entrelazan las políticas, las instituciones y los actores y estructuras sociales, entrelazamiento que ocurre de manera diferente en cada país. Compara para ello las experiencias de Corea del Sur y Taiwán, de un lado, y América Latina, del otro. La pregunta que plantea, cuya respuesta organiza el conjunto de su trabajo, está claramente expresada en el título del artículo: “Reforma agraria, industrialización y desarrollo: ¿Por qué Asia Oriental superó a América Latina?”. Kay centra su atención en tres factores explicativos clave: el funcionamiento político y la capacidad superior del

Estado de Corea del Sur y de Taiwán; el fracaso de América Latina para crear una estructura agraria más conducente al crecimiento con equidad; y la mayor habilidad de los dos países orientales para diseñar una adecuada política industrial y brindar una interacción más positiva entre la agricultura y la industria.

La riqueza del análisis del autor contrasta con la simplificación de la interpretación de los analistas neoliberales, quienes reducen las causas del éxito de esos países a las políticas económicas que liberalizaron los mercados y orientaron la producción a la exportación.

Pocos pondrán en duda que la definición de un país económicamente desarrollado incluye la existencia de un mercado interno consolidado. El fortalecimiento paulatino de un mercado interno es, por lo tanto, un aspecto central del proceso de desarrollo. Sin embargo, las cosas no siempre ocurren de esta manera. Al contrario: la constatación de que el mercado interno es demasiado pequeño (suele serlo por el escaso poder adquisitivo de la población, no porque la población sea insuficiente) conduce a privilegiar el mercado externo. En el caso del sector agrario, el incremento de las exportaciones no siempre forma parte de una estrategia de desarrollo que busca multiplicar los eslabonamientos con otros sectores productivos y de servicios, “densificando” así la red productiva. Lo más frecuente es que adopten formas de enclave en las que algunos islotes prósperos desarrollan cultivos de exportación con tecnologías modernas en medio de un mar de atraso y pobreza.

En esta edición de *Debate Agrario* se analizan dos casos de productos agrícolas de exportación: el espárrago y la quinua. El espárrago, producto exótico para el Perú, fue introducido a mediados de la década de los ochenta aprovechando las óptimas características climáticas y de suelos y aprovechando la ampliación del mercado internacional para dicho producto. En menos de dos décadas el espárrago se convirtió en el segundo producto de exportación agrario, precedido solo por el café. El segundo, la quinua, es un cultivo netamente campesino, originario de los Andes, consumido tradicionalmente sobre todo en las áreas rurales pero que ha ido ganando una cierta aceptación en los países occidentales del hemisferio norte.

Marcel Valcárcel (“Agroexportación no tradicional, sistema esparraguero, agricultura de contrata y ONG”) estudia el desarrollo del sistema esparraguero en la costa peruana. Lo ubica como parte de un nuevo modelo de acumulación en el marco de la globalización, con ventajas e inconvenientes. Entre las primeras está la posibilidad de que la pequeña agricultura se modernice y encuentre nuevos mercados en el marco de una agricultura de contrata, al vincularse a cadenas agroexportadoras. Pero los inconvenientes que deben ser superados son importantes: la dificultad de los pequeños agricultores para

acceder a recursos y condiciones requeridos por un mercado que puede ser muy exigente y el riesgo de depender de un solo producto. El cultivo en general se enfrenta, además, a una agresiva competencia y a las barreras arancelarias de algunos países importadores.

El caso de la quinua es enteramente otro. A diferencia de los productores de espárragos, que son pequeños agricultores completamente articulados a los mercados, los productores de quinua son campesinos andinos cuya relación con el mercado suele ser complementaria de otras formas de producción e intercambio más tradicionales. La experiencia exportadora de las llamadas organizaciones económicas campesinas en Bolivia es por tanto de gran interés.

Pablo Laguna (“Competitividad, externalidades e internalidades: Un reto para las organizaciones económicas campesinas”) analiza cuál es la viabilidad de una experiencia que plantea a los campesinos el desafío de ser eficientes, según los criterios de las empresas privadas, en circunstancias en las que deben desenvolverse en condiciones económicas, culturales e institucionales tan diferentes de aquellas. Para ello toma el caso de la Asociación Nacional de Productores de Quinua (ANAPQUI) de Bolivia. El análisis conduce al autor a ponderar la gran importancia que tienen los elementos sociológicos y culturales para lograr —o no— el éxito económico.

Así como en muchos países la agricultura de exportación es percibida como la que liderará la modernización del conjunto del campo, el sector agrario es considerado también como el gran creador de fuentes de trabajo, lo que resulta siendo de estratégica importancia en economías caracterizadas por las altas tasas de desempleo y subempleo.

Armando Tealdo (“Mercado de trabajo y empleo en el sector agrario”) indaga sobre la capacidad del sector para generar empleo y las posibilidades de mejorar los ingresos. El último censo de población registró algo menos del 30 por ciento para 1993. El autor observa que si se excluye de los cálculos el caso especial de Lima, la participación de la PEA agraria respecto del total se incrementa en trece puntos. Como en otros países, en el Perú el sector agrario es un oferente neto de trabajo. El deterioro marcado de los ingresos del trabajador agrario lo obliga a migrar. No obstante, el peso relativo del número de trabajadores sigue siendo bastante alto. El autor concluye que no debería verse al sector como un potencial en la generación de nuevos empleos y sugiere, en cambio, que las políticas deberían centrarse en mejorar la productividad del trabajo que ya se dispone y eliminar las barreras y distorsiones que impiden la elevación de los ingresos.

A la percepción difundida de que el sector agrario peruano tiene potencialidades, grandes para la exportación y moderadas pero importantes para

la generación de empleo, se suma la consideración, también difundida, de que la gran biodiversidad existente en el país representa un importante potencial económico. Estimulada por un artículo publicado en *Debate Agrario* N° 33 (Alfredo Portilla: “Economía ambiental y diversidad biológica”), Constanza Ocampo-Raeder argumenta que es necesario delinear y llegar a un consenso acerca de lo que abarca el término biodiversidad. Advierte sobre los riesgos de hacer proyecciones a partir de una valorización económica de la biodiversidad en el Perú cuando apenas se comienza a documentar y entender las tendencias de ese mercado. Por esta razón, subraya la importancia de conocer y participar de los debates acerca del concepto biodiversidad y de aprender de experiencias pasadas, y llama a la cautela frente a las actitudes muy optimistas.

Cierra esta trigesimocuarta edición de *Debate Agrario* la síntesis de una conferencia electrónica sobre “Acceso de campesinos a mercados orgánicos”, organizada por el Grupo Chorlaví, consorcio de ONG latinoamericanas orientadas al desarrollo rural. Se afirma que la agricultura orgánica es ampliamente considerada como una nueva alternativa para el desarrollo de la agricultura campesina. Una de las razones es que los mercados internacionales están en expansión, mientras que los nacionales son prácticamente inexistentes. Sin embargo, hay una diversidad de desafíos económicos e institucionales que requieren ser superados para que la promesa que la agricultura orgánica representa para los campesinos sea una realidad.